

Raúl Renán de confidente

Manuel Calero

Voy a extrañar al que sin falta, con el menú en la mano, la sonrisa abierta y la mirada vivaz, esperaba que le indicara cual de tantos era el platillo de mi especial preferencia en el listado de la carta del bar que el "pintor amigo de nadie" —como así lo decía él mismo— hubiera elegido ese martes para reunirse al medio día. Compartir un momento con los amigos mutuos a la mesa de los martes si estabas de visita en Mérida era tu muy particular querencia apreciado Raúl. Elegías lo que te recomendaba así fuera de dudosa calidad nutricional. Eras un Gourmet y yo trataba de satisfacer tu gusto. Como no hacerlo, poeta amigo, que sin interés alguno de tu parte me prestabas en todo momento el apoyo necesario al mejoramiento formal y estético de mi labor como prosista en ciernes y colaborabas a elevar el nivel literario de mi narrativa.

Mencionaré en esta especie de carta confidencial para ti, el día en que accediste a viajar conmigo para conocer a mi padre en *Kalax*, su rancho del oriente de Yucatán. Conociste a

mi padre que desde hacía años vivía en esa casona en ruinas, desde la muerte de mi madre. Al recordarlo el aprecio que siento por ti se acrecienta con tu ausencia, lo aúno al de mi padre también ausente y ubico a los dos en un solo sentimiento. De camisa vaquera y camisa de manga corta te presentaste conmigo y la vieja casa se abrió de puertas y ventanales para recibirte. El poeta que había nacido en el barrio de San Sebastián y vivía en México, con un cierto "aire" de Kirk Douglas y había escrito la *Gramática fantástica* visitaba a mi padre don Bernardo, que recién la había leído. Era todo lo que mi padre sabía de ti.

Sentados a la mesa del comedor, abierta al llano del atardecer, mi padre vegetariano te instó a probar sus guisos diciendo "¿quién quita que a usted le gusten? ¡Ajá y no!". Cuatro éramos los comensales incluyendo a mi hermano que volvía de Izamál. Y cuatro las cabelleras blancas que adornaban la mesa de vegetales. El monólogo de mi padre imperó en la plática de sobremesa. Sólo lo hacía




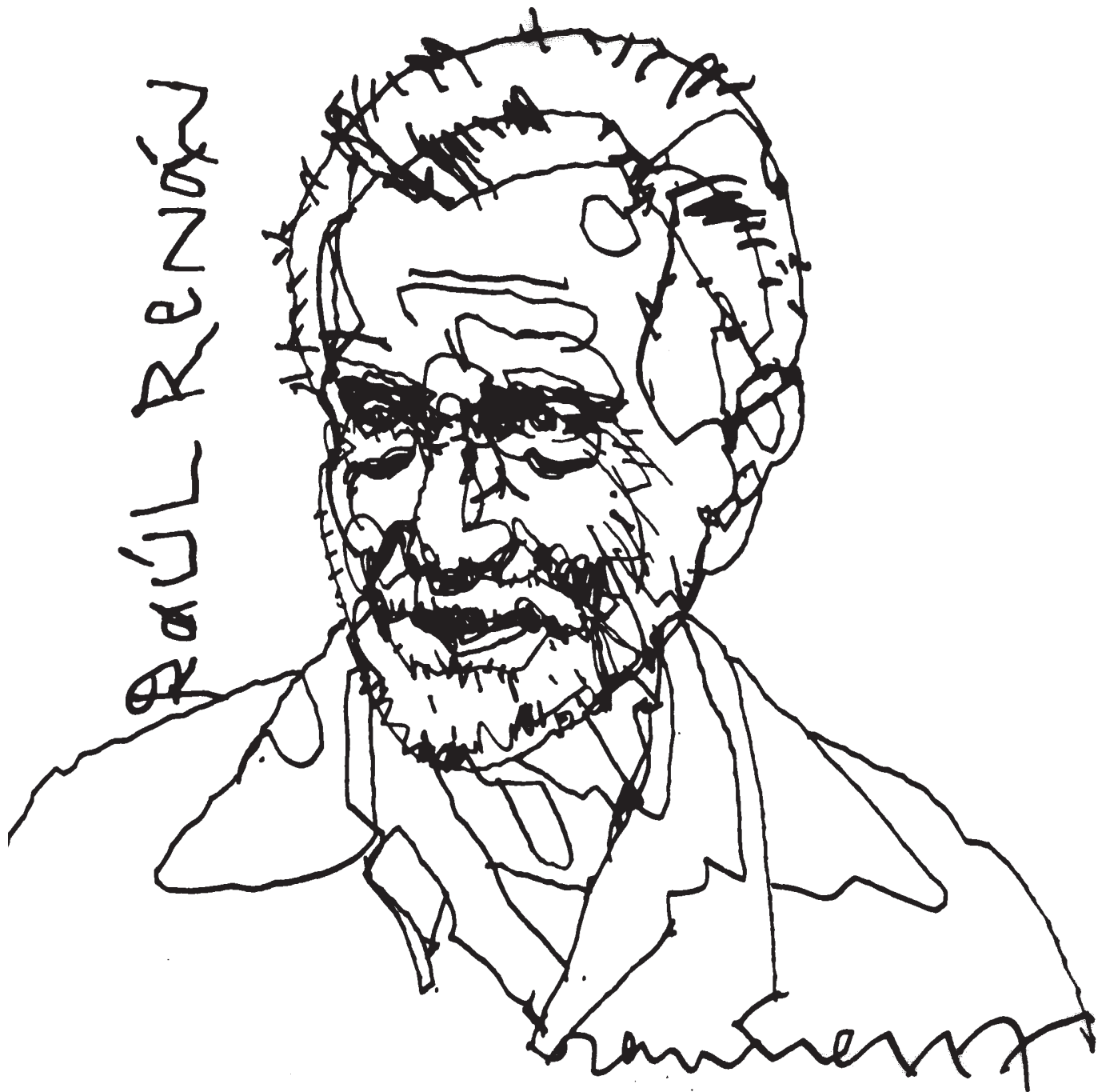
con personas que, como tú, le sabían prestar atención y despertaban simpatía. Sin duda fuiste un amable escucha de su vida, desde los duros años veinte cuando la familia viajaba hasta allí en *Bolán coché* o a caballo, y a caballo también se arriaba el ganado para la venta. Ganado indio arisco y difícil de manejar pues traía en la sangre la querencia de huir al monte cerrado de bejucos espinosos y enmarañados. Te contó de cuando llegaba gente de tierras lejanas en busca de trabajo. Personas de amplio bigote y sombrero alto que habían servido en la Revolución y huían del hambre trabajaron junto a mi abuelo y todos sólo tenían para comer.

Raúl, tu mostrabas interés por el relato de mi padre y el seguía con la misma historia de su anhelada infancia, cuando te describió como aquella gente ruda, de carabina al hombro, empleaba sus 30-30 para limpiar de ladrones de ganado la región. Los rifles de aquellos "sombroterudos" finalmente ahuyentaron el abigeato tan desconcertante como siniestro. Para darle un tono más amable al relato mi padre refirió como aquella gente de aspecto recio era también sensible. En las noches de agradable frescura se reunían junto a los muros del corral, y con guitarra en mano entonaban canciones que eran bellas y les recordaban sus

tierras en tiempos de paz, cantando bajo un cielo de estrellas. Aquellos eran los recuerdos de la infancia de mi padre, ya lejana, cuando se dormía en el fondo de su hamaca, seguro y protegido al arrullo de aquellas canciones y la tenue luz del quinqué, que perseguía las sombras por los rincones de la casa.

Al despedirnos te dijo que vivía a gusto allí, entre tanto recuerdo, pues al aire, el ambiente y los olores seguían siendo los mismos de su infancia. Así finalizó y lo dejamos en la vieja casona de *Kalax*. Te agradezco aún tu actitud callada y paciente al escuchar sus cosas. Al estar de vuelta por el camino sinuoso y empedrado del rancho me dijiste: "Tu papá es un gran hombre. Un tipazo. Y lo digo en serio Manuel. Cuando escuchaba lo que decía me pareció estarlo leyendo. Dime una cosa, ¿no escribió él alguno de tus libros?". Respondí que así era, en efecto. Yo sólo los firmaba bajo mi nombre y el primer apellido, que también le pertenecía.

En fin ¿Qué más te digo? Me callo ahora para extrañarte. Eras el amigo de toda amistad, generoso y culto. Espero que donde te encuentres sigas teniendo en mente un poema sutil y deleitable. Tu indiscutible talento de poeta, escritor y maestro literario lo merecen. Hasta siempre, entrañable Raúl. 



Dibujo de Gabriel Ramírez.
Especial para la *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*.